

MALDONADO, Rebeca, *Metáforas del abismo. Itinerarios de ascenso y descenso en Nietzsche*, México: Ediciones Sin Nombre, 2008. 150 pp. ISBN: 968-9246-09-7.

Hay libros que tienen un carácter académico y que siguen las pautas que marca la investigación formal en cuanto a contenidos específicos. Pero hay otros, como en este caso, que son producto de una profunda meditación sobre la obra de un autor que continuamente nos sorprende. Pero la autora de este libro también sorprende con su manera de interpretar a Nietzsche, haciendo de su interpretación su propia experiencia. El título lo dice ya todo. Versa sobre la metáfora del *abismo*, una de las ideas clave en Nietzsche pero expuesta creativamente por Rebeca Maldonado. Cualquiera que lea a Nietzsche percibe inmediatamente que las polaridades son el eje central de sus reflexiones. Pero entre estas polaridades hay una que sobresale entre otras, y que tiene que ver mucho con su manera de definir la realidad: el abismo y la elevación, descenso y ascenso, polaridades que juegan un papel fundamental en el pensamiento de Nietzsche y que impregnan sus ideas más concretas. No hace falta hacer una referencia de esas figuraciones, pero se aprecian en todas ellas ese juego que constituye el substrato de la «superación», siempre muy presente en él, pues el abismo es fuente de creación y de expresión. Y entre esas expresiones de lo profundo no hay que olvidar que Dioniso es la fuente y el fondo, la profundidad última que genera, a pesar de su horror y destrucción, toda posible vida, toda belleza, todo placer. Sin esa experiencia no es posible la transvaloración de las cosas, por eso Nietzsche exige primero la transformación de un sí mismo en algo que va más allá de sí. Y este descender al abismo obliga a ver, vivir y tocar la estupidez, el dolor, la confusión, el miedo que dominan a una cultura y sobre todo el alma de una época. Pero para ese itinerario tienen también que soportar la experiencia más profunda del abismo, que es la experiencia de que no hay fundamento, de que no hay dios, no hay ideal, no hay referente, y eso paraliza, pues todas las categorías «salvíficas» en la filosofía de Nietzsche pasan por esta experiencia crucial. Nietzsche se hace nihilista para superar el nihilismo, se hace decadente para superar la decadencia, primero hundirse y bajar a lo más hondo para poder lanzarse o «descargar» toda esa energía que se genera en esa tensión esencial que es el encuentro con lo más profundo. He aquí el principio del dinamismo de la filosofía nietzscheana, lo que mueve todo, lo mismo que en Hegel lo hacía el segundo momento de la contradicción, la negación.

Y éste es sustancialmente el recorrido del libro, que de una manera plástica va trazando los distintos *itinerarios* del pensamiento de Nietzsche en el que se despliegan nuevos modos de pensar y de ser en el mundo. Para subir, hay que bajar primero hasta el oscuro mundo dionisiaco, ámbito de fuerzas en lucha y en continua contradicción que darán paso en *el nacimiento de la tragedia* a la simbolización y la cultura. Tal vez la autora, en este contexto, podría haber puesto más el énfasis en el resultado de ese despliegue de fuerzas que para Nietzsche no es otra cosa que su fijación en imágenes bellas. Por eso el arte tiene mucho que ver con las metáforas del abismo. El artista produce, pero sólo lo hace a partir de la experiencia profunda cuyo resultado se «descarga» como una «explosión de placer» en formas bellas. Se comprende entonces que para Nietzsche el arte sea lo que justifica el mundo y la existencia, porque la única justificación posible es la «justificación estética». La filosofía del abismo y la estética de Nietzsche se relacionan entre sí, pues en definitiva lo que cuenta es que la vida llegue a ser esa obra de arte que canta desplegándose lo vivido como algo que se «desborda» inexorablemente.

El *primer itinerario* de descenso, que lleva por título «Profundidad dionisiaca transfiguración y simbolización», señala el encuentro con la *verdad dionisiaca*, en tendida como experiencia de aquello que carece de forma y de orden, pero que el hombre mediante el arte simboliza y fija en imágenes. Rebeca Maldonado describe en este primer itinerario hacia el abismo una filosofía del acto humano de simbolizar, una teoría del alma, pues «el alma se pierde en la profundidad dionisiaca y emerge desde ella misma, una y otra vez, hasta la superficie. Tal es la vida del alma, el doble movimiento de Apolo y Dioniso, es conciencia y es inconsciencia, es el orden de caos y el orden de la forma, el orden del exceso y el orden de la proporción; lo uno reclama a lo otro, ambos órdenes poseedores de igual valor, ambos necesarios a la libertad» (46). Partiendo de la lectura de *El nacimiento de la tragedia*, la autora concluye que ni la forma anquilosada ni la verdad sin forma constituyen un lugar para la vida humana. La movilidad del alma acontece en ese juego de descenso y ascenso. Una de las propuestas más interesantes de la autora es que justamente el movimiento de descenso y ascenso constituye un movimiento anti-idealista, es decir, para poder ascender es necesario descender, en cambio, el idealismo, en su deseo de volar hasta las alturas celestes, produce una vertiginosa caída: en su vuelo al mundo de la idea, la Tierra y la existencia perdieron todo su valor. En este sentido, se nos recuerda que el idealismo en Nietzsche no es algo que haga referencia a la metafísica o a posturas filosóficas, el idealismo está arraigado en la vida: «está en los escenarios más inimaginables de la vida, está presente no sólo en la filosofía, su dominio se extiende a la moral, a la política, a la religión, al conocimiento científico. Aún hoy, después de cien años sin Nietzsche, el destino dominante del mundo es el exterminio de la vida» (20).

El *segundo itinerario* lleva como título, «Sí mismo, hermenéutica e infinitud de la experiencia». En los itinerarios de Nietzsche por el abismo, hay un momento fundamental, el que acontece en el periodo de la filosofía del amanecer (*Humano, demasiado humano, Aurora y La gaya ciencia*). En ese periodo, «Nietzsche nos revela decididamente que la interpretación es condición necesaria de la vida, pues fuera del orden de la palabra lo que resta es el caos, el sinsentido o la crueldad» (53). Rebeca Maldonado trae a colación la metáfora del «mar abierto» para simbolizar el perspectivismo nietzscheano, metáfora que está presente tanto en *Aurora* como en *La gaya ciencia*. Para ella, el «mar abierto» es la metáfora de la ausencia de finalidad del devenir: «Seguramente, alguien que bordeó el mar durante horas, muchas veces hasta el anochecer, se preguntó por el número de puertos, por el número de mares, de destinos, de islas, por nuevos y nuevos horizontes, hasta irse configurando la idea de ausencia de finalidad del devenir» (55). Pero si quisiéramos formular la pregunta que mueve a Nietzsche en este periodo, pregunta que sigue los pasos de Goethe y de Stendhal, sería la de «cómo es posible llegar a ser el que se es». Nietzsche quiere llegar al fondo de su ser para poder tomar posesión de sí mismo, después de una dura tarea existencial de destrucción para hacer posible otros modos de ser y de existir. En este camino, la interpretación tiene un valor fundamental. Esta hermenéutica del existir que Nietzsche valora muy positivamente aunque de una forma latente, es desvelada con buen sentido por Rebeca Maldonado como hermenéutica radical, mediante la cual se nos «devuelve un mundo intacto, inocente, infinitamente abierto» (65). De ahí que en Nietzsche, como lo expliqué en un trabajo, la interpretación sea «infinita», pues siempre existe la posibilidad de nuevas interpretaciones. De esta manera se mantiene abierto el ámbito del desocultamiento de significados, que es condición de vida. Y todo ello es lo que hace finalmente que el espíritu libre pueda vivir liberado de los prejuicios y de los grandes ideales para apreciar las cosas más próximas y más cotidianas de su experiencia, asumiendo la radical inocencia del devenir.

El tercer itinerario es el que nos lleva a la «muerte de Dios o de los absolutos». Si en el segundo itinerario Rebeca Maldonado ahonda en las consecuencias éticas de la falta de fundamento, en el tercer itinerario reflexiona sobre sus consecuencias para el pensar. Éste tal vez sea el itinerario más significativo, el que nos conduce a la muerte de todo fundamento en el que se apoyan todos los valores de nuestra cultura occidental; es, por lo tanto, el abismo desde el que se proyectará toda la «transvaloración de los valores». En *La gaya ciencia* vemos cómo el amplio mundo, sin límites ni horizontes, tan abierto como el mar, se transforma en abismo. «Es como si aquella apertura celeste y áurea, propia de *Aurora*, se hubiese desfondado. [...] Dios es lo creado y el hombre propiamente lo creador» (83-84). En este sentido, Nietzsche señala el lugar en el que actualmente se encuentra el hombre contemporáneo: el abismo. La apertura del abismo es un acontecimiento, además de filosófico, epocal. «El ente destinado a pensarse se asienta en el caos y en el laberinto, ese ente está encerrado en una caja de sesos y huesos, sobre un caos de fuerzas en movimiento [...], sólo hay interpretaciones que devienen. [...] La vida se sostiene exactamente sobre un abismo [...]» (87). Y este acontecimiento transforma el destino del alma que está destinada a crear y a recrearse, a inventarse y a volver a inventar. Tal apertura del alma, que Nietzsche inaugura en *La gaya ciencia*, conduce a algo primigenio para la autora: a la ignorancia originaria desde la cual se desvela lo humano, pero ésta es la condición del pensar. Se quiera o no admitir, lo sepamos o no lo sepamos, no hay para la autora verdades a mano.

En el cuarto itinerario, «Zaratustra y la experiencia del abismo», la autora trata de seguir el descenso de Zaratustra al abismo abierto por el pensador de la muerte de Dios en *La gaya ciencia*. En este sentido, *Así habló Zaratustra* es el último itinerario de Nietzsche a la profundidad creadora, la gran tarea educadora para enseñar al hombre el pensamiento más abismal, el eterno retorno, sin perder de vista que ese movimiento descendente es al mismo tiempo un movimiento de ascenso que nos lleva a las más altas cumbres, a la afirmación suprema. En realidad, como indica Rebeca Maldonado, lo que busca Nietzsche son formas nuevas de racionalidad desconceptualizada, sin fundamentos fijos, pero eminentemente creadora. «Por tres veces en la obra, Zaratustra exige que el abismo se abra y esa invocación del abismo va a dar lugar al descubrimiento de las verdades ontológicas más inauditas, pues se trata de las verdades que dan un vuelco a nuestra racionalidad: el mundo como abismo de luz en «Antes de la salida del sol» al inicio de la Tercera Parte conduce a la abrogación del bien y del mal, del principio de finalidad, causalidad y no-contradicción; la invocación del Abismo del hombre (*Menschen-Abgrund*) al inicio de la Cuarta Parte conduce al anuncio de la muerte de Dios en el apartado «De la redención». Y, finalmente, la anunciación del eterno retorno y manifestación del pensamiento más abismal tiene lugar en el penúltimo parágrafo de la Cuarta Parte intitulada «La canción del noctámbulo». La destrucción de la enfermedad mortal del nihilismo y la anunciación del pensamiento más abismal suponen la destrucción de la razón occidental» (113). Así pues, no es la vía conceptual por la que se accede a una justificación de todo cuanto es, todo se ha de justificar «amándolo y deseándolo». De este modo, Nietzsche logra devolverle la profundidad a la vida, lo que el hombre enfermo de venganza y resentimiento le había arrebatado. El hombre, por tanto, tiene que regresar una y otra vez a su originario no saber, a ese estado tan productivo y tan abierto como el abismo, para saber que, aunque no exista ya ni fundamento ni absoluto, nuestro destino y nuestra existencia tienen un sentido.

En general, podemos decir que nos encontramos ante una reflexión sobre la filosofía de Nietzsche que toca una de sus claves más productivas. La autora no ha perdido de vista la tarea educadora que se encuentra en la mayoría de las obras de

Nietzsche y ha puesto el énfasis en ese ejercicio existencial que representa el descender al abismo. Cada época tiene que realizar su propia incursión en el abismo, para romper las ataduras que impiden siempre superarse, y liberarse de los «falsos ídolos» que siguen presentes como si fuesen la sombra de Dios. Y esto es así porque toda experiencia profunda tiene que estar atravesada por una experiencia del abismo. En este sentido, este libro es también como el resultado de la experiencia que Rebeca Maldonado hizo con la obra de Nietzsche. Desde su acercamiento al pensamiento budista de la escuela de Kyoto es mucho más fácil encontrar ese espacio de recogimiento desde el que se puede pensar la nada. Con esta escritura apasionada y llena de vida, el lector encontrará nuevas pautas para interpretar a Nietzsche y, al mismo tiempo, un testimonio más de su actualidad en nuestra cultura contemporánea.

Luis Enrique de Santiago Guervós
Universidad de Málaga

MARTÍNEZ BECERRA, Pablo, *Nietzsche y el despliegue de la libertad*, Santiago de Chile: Ril editores, 2007. 351 pp. ISBN: 978-956-284-534-2.

El texto de Pablo Martínez Becerra consolida y reanima en el ámbito de los estudios de Nietzsche hispano-hablantes, una línea interpretativa que atiende de modo especial a las lecturas nietzscheanas. Una línea de investigación que, como bien lo aclara el autor del texto, si bien comienza tempranamente en 1920 con Charles Andler, no siempre ha sido suficientemente contemplada por los estudiosos hasta hace relativamente poco tiempo.

Decimos que consolida esta perspectiva investigativa porque aborda los textos encuadrándolos en los contextos desde los que surgen: indagando su carácter epocal, su filiación filosófica, su interrelación con los conocimientos fisiológicos, psicológicos o sociológicos del momento, desde, y principalmente, la biblioteca Nietzsche. Una pauta de estudio que no ha surgido repentinamente, de modo casual o azaroso, sino que ha necesitado de un proceso de maduración, de descubrimiento; un crecimiento compartido y dialogado desde el intercambio académico y la publicación especializada.

Lecturas como las realizadas por Martínez nos ayudan a desmarcar a Nietzsche de las interpretaciones de corte vitalista, que en su amplio espectro e intensidad han opacado o tergiversado los textos. Un vicio hermenéutico que pervive en el crítico que luego de desplegar un excelente y laborioso mapa interpretativo de su análisis de las fuentes nietzscheanas, señala la inflexión, el paso a lo propio, en las diferentes «vivencias» o estados de ánimo del filósofo. Disociando de este modo la vida y los textos, el intérprete que aún no se ha despedido del todo de este tipo de lectura, muestra cómo Nietzsche se interesa por determinados autores, cómo logra exteriorizar sus más genuinas concepciones, a raíz de un determinado estado vital; quedando de este modo truncada una línea de reconstrucción genealógica del todo legítima y prometidora.

Muy al contrario, *Nietzsche y el despliegue de la libertad* explora los caminos de búsqueda que el filósofo transitó, subrayando la importancia de configurar el pensar nietzscheano desde una sólida fundamentación textual, y prestando especial atención a la serie de autores contemporáneos que el pensador consultó. Mostrándonos, de este modo, un Nietzsche tempestivo, íntimamente ligado a su entorno intelectual, en permanente debate consigo mismo y con otros y contra otros. Donde tanto la originalidad o lo propiamente nietzscheano, como el arribo a nuevos autores, se derivan más de su fuerte labor investigadora que de sus posibles «vivencias».